

Naranjo Orovio, Consuelo y Serrano, Carlos (eds.) (1999) *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*, CSIC, Centro de Humanidades, Instituto de Historia, Departamento de Historia de América, Casa de Velázquez, Madrid.

Los diversos autores y autoras que participan de esta obra han centrado su interés en el año 1898. El período finisecular cubano, filipino y puertorriqueño, se acompaña de una reflexión en torno al papel que el fin del régimen colonial impuso a una España otrora imperial. Literatura, política, arte, iconografía, confluyen acertadamente para insinuar tanto las pervivencias como las rupturas, y quizá aquí radica la originalidad de la obra, la cual además prefiere no dividir las contribuciones por regiones, sino brindar a los lectores una imagen calidoscópica: como señalan los editores, se observa una construcción confluyente y dispar, pero siempre abocada a crear imaginarios nacionales permeados de representaciones simbólicas e identitarias que reelaboraron el pasado para dar cuenta del nuevo presente. Desde diferentes vertientes, los trabajos compilados por **Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano** transitan la manera en que se revela la construcción identitaria y los resabios que dejó aquella crisis finisecular. **Carmen Ortiz García** se centra en las ideas sobre el "pueblo" en el imaginario nacional español de 1898, tomando como referente obras literarias y etnográficas. Demuestra que la categoría "pueblo" fue central en las construcciones ideológicas elaboradas para dar respuesta a las causas de la crisis española, y que fue elaborada a partir de la psicología, la sociología, la antropología, el derecho penal y la biología. Más allá de las diferencias entre los autores españoles reseñados, el pueblo es conocido, explicado, colocado "dentro de la nación y de la historia" con el objeto de ser regenerado. El imaginario patrio peninsular es retomado por **Ricardo Campos y Rafael Huertas García-Alejo**, quienes oponen los conceptos "degeneración" y "decadencia" al de regeneración. Afirman que, proveniente de la psiquiatría, la teoría de la degeneración alcanzó gran popularidad en Europa y América a finales del decimonono. El éxito de dicha teoría se debió "a su carácter ecléctico e innovador y a las posibilidades que abría para interpretar las desviaciones de los comportamientos" sociales en términos biológicos. Ya Michel Foucault nos ha alertado sobre esta fusión, que podemos encontrar entre otros, en Gustav Le Bon, pero lo interesante del trabajo de **Campos y Huertas** es que muestran que el higienismo y el degeneracionismo sirvieron para dar cuenta del declive político y social de España en el contexto del "ahondamiento del sentimiento de decadencia que invadió a la España de comienzos de siglo XX". Las impresiones sobre el desastre internacional finisecular son estudiadas extensamente por el Embajador de España **Antonio Serrano de Haro**, quien dedica la atención a otro intelectual de profesión consular: Ángel Ganivet, autor de obras como *El porvenir de España o Idearium español*, y que decidió suicidarse precisamente en el mismo

año en que se producía la crisis de 1898. El autor señala que la vida de Gani-vet, desde el año 1892, “discurrió en el extranjero”, y que ese extrañamiento incentivó sus reflexiones sobre la península, intentando conservar la dependencia colonial a través de la apología de la “unidad familiar” de los pueblos que denominaba incorrectamente “hispanicos”.

La representación simbólica de España, Puerto Rico y Cuba en Eugenio María de Hostos es analizada por **Claude Fell** a través de la obra *La peregrinación de Bayoán*, escrita en España en 1863. El libro, de sentido profundamente simbólico, intenta dar cuenta de las relaciones entre España y sus posesiones en el Caribe en un contexto anterior a la ruptura del orden colonial y captando un elemento central en la historia caribeña: la ausencia de población indígena. Como señala **Fell**, Hostos advertía los errores españoles en sus colonias, reflexiones que engarzan con los defectos de la sociedad puertorriqueña y cubana, y que explican los vínculos (culturales) entre la península y sus colonias. Las relaciones científicas entre cubanos y españoles en el contexto bélico de la segunda mitad del siglo XIX son estudiadas por **Armando García González**, quien señala la existencia de varios conflictos: los existentes entre los hombres de ciencia, unidos, por otra parte, por lazos personales e institucionales; el debate general entre una ex-colonia y su metrópoli; las complejas relaciones entre peninsulares y criollos, en particular en el grupo de grandes hacendados y comerciantes. El autor detecta competencias tradicionales, algunas de ellas originadas en la normativa colonial que negaba a los criollos la posibilidad de educarse en el extranjero, pero también unidad por la posibilidad de los científicos de nuclearse en asociaciones con fines prácticos, como la *Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana*.

Carlos Serrano dedica su reflexión a la inauguración de un monumento en Madrid en el año 1915. El monumento, obra del escultor Julio González Pola, representaba al general Joaquín Vara de Rey, herido mortalmente en defensa de España y de la Cuba colonial, personaje al cual se le habían rendido honores en años anteriores y en Ibiza, su pueblo de origen. La pregunta de Serrano es por qué se decide esta celebración en la capital del Estado, apoyada por los españoles que continuaban en Cuba luego de la secesión de la isla. **Zoila Lapique Becali y Olga Cabrera** utilizan como fuente de información las producciones literarias e iconográficas de las fábricas de tabaco cubanas del siglo XIX. El tabaco propició el establecimiento de talleres litográficos que encontraron en aquél una fuente más estable de ingresos, y si bien el propósito original era editar álbumes pintorescos de inspiración romántica, pronto los fabricantes de habanos y cigarrillos aprovecharon las litografías para imprimir etiquetas identificatorias así como escenas alegóricas de temas de actualidad cubana y española. En una población analfabeta, la iconografía suplía a la prensa, y reemplaza en gran medida a los documentos escritos en la conservación de la memoria histórica. **Cabrera** también estudia el significado de la tarea de las fábricas de tabaco, pero se centra más en la experiencia del texto, en la narrativa literaria de la primera mitad del siglo XIX referida, en particular, a la esclavitud y a las

relaciones entre españoles y criollos. **Paul Estrade** parte de un hecho actual: Rafael Montoro –líder del Partido Liberal Autonomista, creado en el año 1878 y modificado en 1881 con el calificativo de “autonomista”, el cual se identificó con el pueblo separatista durante la guerra iniciada en 1895 pero conservó en su conjunto prácticas y doctrinas “contrarrevolucionarias” y afectas al régimen colonial– es erigido como figura nacional emblemática frente a José Martí. **Estrade** estudia el autonomismo criollo cubano en la larga duración que implica el año 1898, tomando como referente el PLA, e intenta resolver la presunta paradoja del hecho de que la intelectualidad liberal autonomista representada por Rafael Montoro, Antonio Govín, Eliseo Giberga y Rafael Fernández de Castro proclamara durante la colonia que Cuba era española, para sostener luego de 1898 que la isla era una “nación cubana”. No basta con catalogar a estos personajes de “oportunistas”, sino que se debe analizar la construcción de la nacionalidad, primero tomando a Cuba como parte integrante de la nación española, para considerarla posteriormente una nación incipiente en el modelo peninsular.

Enrique López Mesa utiliza el calificativo de “formación” y no de “organización” o “construcción” al analizar la formación nacional cubana, y para ello toma la polémica recogida en la *Revista Cubana* de 1899 para analizar la manera en que comienzan a deslindarse categorías tales como españoles y cubanos, así como la oposición entre los intereses de la comunidad cubana frente al sistema colonial. La larga duración (llegando a la historiografía del siglo XX) permite al autor descubrir que el concepto cubano análogo al *melting pot* es el de “ajjaco”, que representa una masa o guiso en el que se cuecen variados ingredientes, en este caso culturales, para dar cuenta del proceso de etnogénesis cubana. La forja de la nacionalidad durante la primera etapa de la vida republicana, dicen **Puig-Samper y Naranjo Orovio**, supuso la hegemonía de la población (la “raza”) blanca como depositaria de la nacionalidad cubana, a partir de criterios procedentes de la biología, la medicina y la antropología criminal. Se apeló a las ideas del intelectual Fernando Ortiz, enmarcado en la Escuela Positiva, y vinculado al jurista Pedro Dorado Montero, al krausista Manuel Sales y Ferré y a Constancio Bernaldo de Quirós. **Françoise Moulin Civil** califica el discurso de Fernando Ortiz de “regeneracionista”. Ortiz se interesó por negar la reespañolización de las colonias propugnada por Rafael Altamira, así como la teoría de la hispanización. Al panhispanismo, dice **Moulin Civil**, se opone el panamericanismo de Ortiz que propone “pensar en cubano” para llegar a un “latinoamericanismo asumido”. En contraste con la obra de Ortiz, la ensayística del hispanista cubano José María Chacón y Calvo, estudiada por **Guicharnaud-Tollis**, permite analizar la formación de la cultura cubana a través de la defensa de la tradición y de la raza española. Ubicada entre la tradición y la ruptura, la obra de Chacón y Calvo dialoga mucho más con los valores hispánicos que con los cubanos, y constituye otra arista para descubrir la formación de la nacionalidad. **Alain Sicard** retoma las relaciones culturales entre España y Cuba en un “juego de dobles espejos” de la producción poética, en particular de la lectura que dos

poetas, uno español (Federico García Lorca) y otro cubano (José Lezama Lima), hicieron de las *Soledades* de Don Luis de Góngora. A través de la poética, el período analizado corresponde a la primera mitad del siglo XX, y permite analizar cómo la poética gongorina se refleja en los escritos de Lezama y Lorca, más allá de las diferencias geopolíticas. Precisamente los espejos vuelven a estar presente en el trabajo de **José Carlos Rovira**, quien estudia la presencia de imágenes recíprocas e imaginarios nacionales en la poética de Lezama, quien retoma la obra del canario-cubano Silvestre de Balboa, escrita a principios del siglo XVII, para hacer referencia a José Martí.

Puerto Rico, por su parte, es estudiado desde una perspectiva más literaria y hermenéutica. No es casual que **Luis Agrait** inicie su reflexión con la cita de Frederick Jackson Turner, permanentemente citado por su libro *La frontera en la historia americana*, para hacer referencia a los condicionantes actuales en la escritura de la historia pasada, y al significado de la “frontera” en la construcción de los imaginarios nacionales. En el caso de Puerto Rico es imposible eludir a Estados Unidos en la construcción del imaginario nacional. La totalidad de un imaginario puertorriqueño es impensable, y en ello **Agrait** coincide con **Libia González** al incorporar la categoría “pluralidad”. La autora destaca las representaciones convergentes de la élite criolla culta sobre el imaginario nacional en Puerto Rico, es decir, retoma las manifestaciones de escritores, periodistas, poetas, historiadores y artistas que dieron lugar a un extenso y variado corpus documental y monumental (piénsese en las categorías utilizadas por Le Goff en sus estudios sobre la memoria histórica) durante el siglo XIX. **María Dolores González-Ripoll Navarro** elige una vía más concreta y microanalítica, la de la obra de Eugenio Ma. De Hostos, para comprender el imaginario nacional puertorriqueño. Puerto Rico se vanagloria de haber defendido su identidad cultural frente a Estados Unidos, sin reivindicar la independencia. La autora acude a Hostos para reflexionar en torno a los discursos ideológicos actuales en torno de la nacionalidad y la nación, ya que Hostos reivindicaba un gobierno temporal de veinte años de Estados Unidos sobre la isla para dar cuerpo a la modernidad en la isla tomando como ejemplo la civilización norteamericana, sin por ello claudicar en la independencia. De acuerdo a **González-Ripoll Navarro**, Hostos “comprendía la necesidad de preparar al país para el ejercicio e la plena soberanía, una sutil trampa en una época dominada por el fervor modernizador”.

Silvia Álvarez Curbelo retoma la obra del puertorriqueño Alejandro Tapia y Rivera, escrita a finales del siglo XIX. Aquí también aparece la “modernidad” como un señuelo, como un arquetipo, como una esperanza para las élites que se volcaron a negociar la identidad nacional enmarcada por el atraso secular y las ambiciones de progreso. La autora utiliza la categoría “híbridas” para hacer referencia a esas élites que adoptaron estrategias complejas de comportamiento cultural, confeccionando una batería de instituciones y fundaciones para transformar la cultura local. A través del análisis de la obra de Luis Muñoz Rivera, la autora desentraña cuál era la lectura que hacía el intelectual de los

males puertorriqueños. **M^a. Dolores Luque** explica las contradicciones de los proyectos de los profesionales puertorriqueños en el conflictivo período que se abre en 1898 y que incluye el régimen militar norteamericano. El imaginario de los profesionales de la isla puso en juego ideales de autonomía criolla, republicanism y liberalismo económico, es decir, modernidad. La prolongación del régimen norteamericano, afirma **Luque**, incentivó el descontento de los profesionales, muchos de los cuales militaban en el Partido Republicano. **Fernando Picó**, finalmente, acude a la construcción de las imágenes “del otro” elaboradas a través de una documentación original, las cartas de dos norteamericanos residentes en la isla: Charles Hartzell, Secretario de Estado de la isla desde 1901, y Marion Blythe, casada con un ministro presbiteriano enviado a Puerto Rico. **Picó** afirma que los funcionarios, educadores y misioneros llegados de Estados Unidos a la isla representaron el proyecto de modernidad ansiado por las élites, pero no asumieron el modelo de pasividad proyectado para la población local, sino que propusieron maneras más multifacéticas en su interpretación de la alteridad.

La construcción de la identidad nacional de Filipinas es analizada por **Ghis-laine Loyré**, quien parte de la constatación geopolítica y lingüística de que en las 7000 islas que componen el archipiélago se hablan en la actualidad unos ochenta dialectos. En esta fragmentada realidad, los filipinos conservan múltiples identidades culturales locales, ya mencionadas por Rizal (con la hegemonía de los tagalos), que se imponen aún hoy en ocasiones a la cultura pretendidamente “nacional”. La lectura de la obra de los misioneros llegados al archipiélago permite comprobar este énfasis de la diferencia, contra el cual debería luchar el concepto de nación. **Loyré** señala también la presencia de la religión y cultura musulmana en la región, de mayoría católica, y las distintas estrategias utilizadas por los filipinos para ser reconocidos como iguales y diferentes por España y luego por Estados Unidos. Este último, señala el autor, ha contribuido a la uniformidad lingüística y administrativa de la zona.

Gabriela Dalla Corte.

Pantoja Reyes, José R., *La guerra del Nayar. 1850-1880. Una perspectiva regional*, México, 1995, Telar, 160.

El trabajo, remodelación de una tesis doctoral, reseña la insurgencia de comunidades y pueblos, mestizos o de etnia huichol, cora y tepehuano en